

Mundos australes americanos durante la Época Moderna

Agradezco al académico Santiago Lorenzo el tiempo y empeño que de seguro ha dedicado en pensar y escribir tan noble semblanza.

Gracias por asistir a esta sesión pública de la Academia Chilena de la Historia. Ocuparé en ella la medalla N° 32, que perteneció originalmente a Elías Valdés Tagle hasta que falleciese en 1947. Lo sustituyó en ella el historiador Ricardo Krebs, uno de los intelectuales **más notables** del siglo XX chileno, quien ingresó a la Academia en 1955, a los 37 años, siendo recibido por Jaime Eyzaguirre con un **hermoso discurso**.

Agradezco, por lo tanto, que la Academia Chilena de la Historia haya tenido la generosidad de ponderar mis circunscritos méritos, y mediante votación, me haya elevado a este honor. Este acto, creo, distingue también a mi querida universidad, la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. **Me preceden** en esta ilustre Academia distinguidos profesores de mi Universidad: Alejandro Guzmán, Santiago Lorenzo, Rodolfo Urbina, Carlos Salinas como académico correspondiente por Valparaíso, además del recordado Héctor Herrera, fallecido en 1997.

Mi gratitud es también hacia mi papá, mi mamá, mi hermana, Pepe, mi familia en general. Ellos han comprendido bien a qué me dedico, y he recibido siempre su reconocimiento, **como también me lo han dado mis amigos**. Un agradecimiento especial quiero dar a mi hija, Candela Suárez, preciosa criatura de casi 15 años. Ella nació cuando comenzaba a redactar mi tesis doctoral. Es observadora, aguda, prudente.

Mi padre, Rodolfo Urbina Burgos, está presente aquí como Académico de Número de esta Institución. Él fue mi profesor de Historia de América Colonial, y como él, me fui a doctorar a Sevilla, para poder investigar en el Archivo de Indias. Al igual que a él y que a Santiago Lorenzo, guió mi tesis Luis Navarro García, hoy **catedrático emérito** de la Universidad de Sevilla. De ellos tres, a quienes reconozco como maestros, aprendí el gusto por el Archivo, que dedicarse al cultivo de la Historia da felicidad, y que la vida universitaria era la vida que yo quería.

...

Ricardo Krebs Wilckens **es porteño**, como yo. Nació en Valparaíso en 1918. Podemos conocer su trayectoria vital gracias a **varias entrevistas**, especialmente la tan íntima de Nicolás Cruz, **vívidos homenajes** al recibir el Premio Nacional de Historia en el año 1982; el discurso de Ricardo Couyoumdjian cuando le fue entregado el doctorado honoris causa por la Pontificia Universidad Católica de Chile en 1992; el pronunciado por Julio Retamal Faverau al serle concedida la Medalla de Honor de esta Academia en el 2009, y varias semblanzas póstumas. El brillante intelectual, tantas veces distinguido, falleció en diciembre del 2011.

Nieto de inmigrantes alemanes, en 1937 partió a la Universidad, obteniendo el grado de doctor en Filosofía, mención en Historia en 1941, por la Universidad de Leipzig, Alemania, los 23 años.

Comenzó Krebs sus clases en 1943 como profesor de Historia Universal en la recién creada Escuela de Pedagogía de la Universidad Católica. Ese fue el inicio de su vida como académico, que lo fue también de la universidad de Chile, y por un breve tiempo, de la de Colonia, en Alemania.

Enseñó Historia Universal Moderna y formó a generaciones de profesores. Sus **manuales de Historia Universal** son famosos. Los primeros de ellos son de 1945: *Historia de Roma* e *Historia Universal. Grecia*, a los que siguieron muchos más, sintetizados magistralmente en su *Breve Historia Universal*, cuya primera de muchas ediciones es de 1982. Estos libros de texto o manuales -una novedad en la época-, tenían como objetivo la **sólida formación en Historia** tanto de los universitarios que se formaban para ser profesores escolares, como de los mismos escolares. Asimismo, Krebs, jugó un rol determinante en el diseño de los planes y programas de Historia para los estudios escolares en Chile, imprimiendo en ellos una fuerte presencia de la Historia Universal.

Su amplísima bibliografía contempla 158 títulos, entre libros, artículos, capítulos de libros, discursos, etc.. Además de esta producción historiográfica, con su docencia, sus cargos, y sobre todo, con sus conferencias, difundió la Historia en todos sus niveles, contribuyendo de manera **decisiva** en el desarrollo cultural de la sociedad chilena.

En una época en que los profesores de Historia en la Universidad eran profesores-hora, él impulsó la contratación de académicos para que, con una jornada completa, pudieran dedicarse exclusivamente a la investigación y a la docencia. Por eso Enrique Brahm escribió: “resulta difícil imaginar la profesión de historiador en Chile sin el aporte del profesor Ricardo Krebs”. Lo que buscaba Krebs era que la Universidad dejase de ser **simplemente** una institución de formación profesional y se transformase en una **creadora de conocimiento científico**. Contribuyó a ello, asimismo, el haber Krebs implementado la modalidad de seminarios para los estudiantes de Historia,

lo que derivó en las primeras tesis, y, ello, en la formación de investigadores en Historia.

La preocupación por la Universidad se mantuvo siempre, dando incluso vida al libro *Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile*. Krebs ponía a la universidad en lo más alto: “Yo he consagrado toda mi vida a la universidad, convencido de que la universidad es la institución en la que **culmina la cultura espiritual de una nación**. La universidad ofrece la oportunidad de -con palabras de Hölderin- ‘vivir lo que tiene más vida, por pensar lo más profundo’. La universidad constituye un **mundo maravilloso** en que uno se puede elevar a las **más altas cumbres del pensamiento** y explorar mundos desconocidos, en que uno se puede colocar **por encima** de las exigencias inmediatas del acontecer cotidiano y en que uno **siembra** en el futuro mediante la formación de nuevas generaciones”.

Quienes han escrito sobre él han destacado sus notables cualidades como profesor, como investigador y como ser humano. Consigno aquí algunas: “Clases perfectamente estructuradas”, escribió Ricardo Couyoumdjian, “profundidad y a la vez gracia para expresar, sin alardes retóricos, con economía de palabras, rigor en la aproximación a cada hecho y persona, sentido de la proporción”, dijo Joaquín Fermandois.

Como investigador, José Miguel Barros expresó, “en vez de limitarse a eruditas narraciones de hechos, supo transmitir profundas reflexiones personales sobre hombres e instituciones”. Por último, dijo Jaime Eyzaguirre: Krebs, “yendo siempre a las grandes síntesis interpretativas y ordenadoras, ha conseguido como verdadero maestro o sabio **diseñar el alma diáfana** de cada época”.

Su tesis doctoral, al parecer nunca publicada, se tituló “Las ideas políticas en España en los años 1868-1874”. Se ocupó Krebs, por lo tanto, del período que se ha llamado “sexenio democrático”, por el derrocamiento de la reina Isabel II, la aprobación de la liberal Constitución de 1869, la sucesión de varios gobiernos y, por último, la restauración de la monarquía con la proclamación de Alfonso XII.

Al parecer, con ocasión de un primer viaje al Instituto de Cultura Hispánica, en 1950, es que nació la idea de acercarse a los archivos españoles y estudiar a Campomanes, del que habló en su discurso de incorporación a esta Academia, que cristalizó en un libro publicado cinco años más tarde, *El pensamiento histórico, político y económico del conde de Campomanes*. Centrándose en la figura del asturiano Pedro Rodríguez de Campomanes, miembro del Consejo de Castilla, una de las grandes figuras del reformismo borbónico en tiempos de Carlos III, hizo Krebs un fino análisis sobre la Ilustración española. Tal como lo había hecho en su tesis doctoral, volvió a interesarse por las ideas políticas, y cómo éstas se implementaron en la realidad.

Campomanes comprendió la necesidad que la acción política tiene del conocimiento histórico. Fue miembro de la Real Academia de la Historia desde 1748, y llegó a ser su presidente. Admiraba las academias como las de Francia e Inglaterra, que por ser impulsoras del saber y de la razón, a ellas se debía el progreso de ambos países. La Academia de la Historia era importante para Campomanes, porque comprender a España en lo que había sido, permitiría poder reformar acertadamente su presente y con ello lograr el progreso en el futuro.

Como a Campomanes, a Krebs le interesó también comprender las ideas que habían conformado la trayectoria histórica, esta vez, de Chile, y ofrecerlas a quien tome las decisiones. Como historiador se sentía llamado, al igual que Campomanes, a mirar el pasado para formular un proyecto de nación. Reunió varios ensayos en un libro llamado *Identidad Chilena*. La historia, para él, era fundamental para que un pueblo prosiga “su tarea histórica de encontrarse a sí mismo y definir su identidad”. Como a Campomanes, a Krebs le parecía que la historia tendía a la búsqueda del progreso humano, la perfección del individuo. Por eso manifestó **disentir** de Spengler en este punto, y por eso se dedicó al estudio del individuo, más que del actor colectivo.

Ricardo Krebs explicó que para Campomanes la Historia debía ser una ciencia que busca la **verdad** basada **en documentos** a los que había que leer **con sentido crítico**. Por eso remarcaba la importancia de tener una Real Academia de la Historia. Las fuentes, por lo tanto, cobraron gran importancia para Campomanes en su proyecto de historia erudita. Para Krebs también, que siempre habló de **Historia como ciencia**, y dio **gran valor** al documento. Cuando escribió *La monarquía absoluta en Europa. El desarrollo del Estado moderno en los siglos XVI, XVII y XVIII*, en 1979, abordó un tema enorme con lucidez para explicar lo central, ofreciendo al lector fragmentos de documentos, traducidos al español. Deja hablar a Juan Bodino, a Jacques Bossuet, a Richelieu, algo que para entonces no era usual en una monografía. Así, acercaba las fuentes utilizadas al lector, como lo hizo posteriormente en el libro *La Revolución Francesa en sus documentos*, escrito en coautoría.

Campomanes quiso conectar la historia de España con la del resto de Europa, porque comprendió que su historia que era a la vez nacional y universal. De

hecho, el discurso de ingreso de Campomanes a la Real Academia fue un panorama de la Historia Universal, en el que subyacían las ideas de progreso y perfección. Lo mismo hizo Krebs, al dedicarse incansablemente a conectar la Historia de Chile con la Universal, a entender sus precedentes del Viejo Mundo. La finalidad en el cultivar la Historia, para Campomanes, dice Krebs, era cumplir con un fin patriótico: de utilidad tanto para las decisiones que tomase la monarquía, como para educar a la nación. Krebs se empeñó en eso, haciendo ver el valor de la Historia Universal y el lugar de Chile en ella.

Yo me formé en un Instituto de Historia consonante con la convicción de Krebs. Por eso, aprendí que el historiador, aunque investigue sobre Historia local, regional o nacional siempre debe comprenderla en el contexto universal. Eso es lo que impulsa el trabajo que hago y que es el que presento a continuación, que es un

Retrato del confín austral americano en la Época Moderna

Más al sur de la isla grande de Chiloé, por el lado occidental de los Andes, y de los términos de las ciudades de Mendoza y San Luis, por el lado oriental, los extensos territorios meridionales del continente americano se hallaban poblados por distintos grupos indígenas de modo de vida cazador-recolector, que no estaban incorporados al sistema colonizador castellano. Su movilidad y sistema de vida más depredador que productor, no hicieron atractivas estas poblaciones a los españoles. Así, el litoral del Pacífico austral y las extensas zonas de Pampas y Patagonia permanecieron en manos de quienes las transitaban al momento del contacto, hasta bien entrado el siglo XIX.

La conquista y fundación de ciudades en la gobernación de Chile se extendió, por tanto, hasta el borde austral de la práctica agrícola prehispánica, que era el sector norte de Chiloé. Pero desde 1600, la recuperación violenta del territorio del sur con la expulsión de los españoles por parte de los araucanos, juncos, osornos y otros grupos, impuso como nuevo límite de la ocupación española efectiva **el río Bío Bío**.

La historiografía colonial chilena se ha dedicado a estudiar lo que se conoce como propiamente Chile, esto es, la vida política, económica, social y cultural de españoles, indígenas, africanos y sus mezclas, dentro del nuevo sistema español que se extendió entre las ciudades de La Serena, por el norte, y Concepción, por el sur. Se ha estudiado, también, el límite impuesto por los araucanos a los españoles en el río Bío Bío: La Frontera; el significado que ella tuvo para el reino de Chile; y las diferentes modalidades de interacción entre españoles y araucanos entre los siglos XVI y XVIII, como las entradas armadas para capturar indígenas que serían vendidos como esclavos (las malocas), misiones, comercio, fuertes, capitanes de amigos, etc., distinguiendo, también, la singularidad del mundo pehuenche en estas llamadas “relaciones fronterizas”.

Pero **La Frontera** no era lo último. Desde ella y hasta al cabo de Hornos, había dos enclaves españoles: la provincia de Chiloé, cuyos habitantes indígenas no se sumaron al gran alzamiento, y Valdivia, destruida por los huilliches pero refundada como plaza fuerte y presidio en 1645. Gabriel Guarda, ha estudiado a la ciudad de Valdivia en todas sus facetas, y Rodolfo Urbina ha consagrado su vida a la Historia de Chiloé. Excepto el estrecho de Magallanes, ruta de navegantes y área de patagones, de lo que se ha ocupado con admirable tesón Mateo Martinic, todo el territorio intermedio entre Valdivia y Chiloé, y entre Chiloé y el cabo de Hornos, casi no ha sido

considerado por la historiografía, como si fuese un enorme espacio vacío de contenido histórico colonial.

En todo ese enorme territorio no había caminos, ni fuertes, ni misiones, ni menos ciudades, pero de forma menos sistemática y más tardíamente que en otros territorios americanos, aquellas tierras y pueblos fueron también recibiendo un contenido europeo. En el estudio de estas regiones he estado desde el año 2002, cuando inicié el doctorado, atraída por las zonas que, por lejanas del centro, son desconocidas en su Historia, y por lo tanto, **incomprendidas**. La Academia Chilena de la Historia ha sido generosa en valorar mis artículos, libros, y capítulos de libros, y con ello, mi contribución al conocimiento de los mundos australes americanos durante el período colonial, y al significado que tuvieron para Europa en la Edad Moderna. Por eso, en esta ocasión de sesión pública, he querido explicar a todos los asistentes cuál, creo yo, ha sido mi aporte a la historiografía americanista.

Estas áreas geográficas -los países ultra-araucanos-, miradas desde la capitanía general de Chile, fueron tres:

1. La llamada tierra de guerra, la Frontera, no fue entendida por los españoles como un continuo entre el río Bío Bío y Chiloé. Una era Arauco o La Frontera, y otra la llamada **“Frontera de Arriba”**, es decir, de mayor latitud respecto del polo sur. La de Arauco, atendida por una línea de fuertes a lo largo del río Bío Bío, estaba para contener a los araucanos, que de traspasarla, podrían llegar hasta la ciudad de Santiago.

En cambio, la “frontera de arriba” era el sector sur del llamado “Estado de Arauco”. Esta frontera de arriba era un área de indígenas a los que se llamó juncos y osornos (de cultura y lengua araucana), territorio que había sido

asignado a las ciudades y encomiendas de Valdivia y Osorno. Mientras el borde norte de la Frontera (la de Arauco) tuvo toda la atención en los siglos XVII y XVIII, no fue así con el borde sur, en que estaban los fuertes de Carelmapu y Calbuco, atendidos desde Chiloé. Así, la frontera de arriba, era menos importante que la de Arauco, menor el número de fuertes y de soldados, porque no ponía en riesgo a Santiago, sino a Chiloé.

La frontera de arriba tiene **un carácter propio**. Los fuertes, las misiones, etc., que fueron mecanismos con los que España se relacionaba con la Frontera de Arauco, también ocurrieron en la “frontera de arriba”. Chiloé avanzó hacia la tierra firme del norte en la primera mitad del siglo XVII a maloquear a indígenas, y para intentar misiones jesuitas, todo lo cual tuvo una impronta en esa frontera y en Chiloé. Un período de inactividad siguió a lo descrito, hasta que desde mediados del siglo XVIII Chiloé actuó de manera diferente, porque diferente era la época y circunstancias, buscando sobreponerse a ese territorio vedado mediante la habilitación de un camino terrestre hacia Valdivia, que le permitiera salir de su aislamiento e incomunicación. Pero también, con intentos por entrar “a sangre y a fuego” para reabrir el antiguo camino real, encontrar la abandonada ciudad de Osorno y beneficiarse de sus recordados terrenos llanos. Valdivia, por su parte, destruida por los indígenas en el gran alzamiento y refundada en 1645 para evitar que los holandeses volvieran a ocuparla, como lo habían hecho en 1643, dio la espalda a su territorio interior enfocada en su existencia como punto vigilante del paso de navíos extranjeros al Mar del Sur. Pero desde mediados del siglo XVIII, cuando la ciudad había crecido en población civil se proyectó a través de capitanes de amigos, lo que facilitaba el comercio de ganado. Y por medio de una política de paces y agasajos, como sucedía en la frontera de Arauco, y de misiones de franciscanos, se lograron entablar relaciones de cooperación con los caciques del sur del río Bueno, límite

impuesto en la práctica por los huilliches para la internación a sus tierras, **al punto** que permitieron y apoyaron a la búsqueda, desde Valdivia, de la **ciudad de los Césares**, en las faldas de la cordillera, a la altura del lago Ranco.

Los hechos, ya esbozados, de los hispano-criollos de Valdivia y de Chiloé en aquel territorio no son similares a los de Chile hacia la frontera de Arauco. Responden a la iniciativa local de sociedades proscritas que buscaban conectarse entre sí y con Chile. Además, las acciones de Valdivia y de Chiloé hacia su territorio fronterizo fueron distintas entre sí, porque la experiencia histórica de Valdivia (una plaza fuerte y presidio) y de Chiloé (una provincia con vecinos beneméritos, encomiendas y misión jesuita) eran diferentes.

Todas las acciones mencionadas permiten retratar **el devenir histórico** de este territorio reconociéndole un **carácter** propio, una singularidad como área cultural.

2. El lago Nahuelhuapi, en el lado occidental de los Andes, era un lugar de confluencia de grupos cazadores puelches y poyas, ajenos a lo español, que accedían a él para encuentros e intercambios. Los españoles de Chiloé se interesaron en Nahuelhuapi con el objetivo de maloquear. Cuando en 1666 regresaron a Chiloé quienes habían ido a una de estas malocas, conduciendo a un grupo de puelches y de poyas, el célebre jesuita Nicolás Mascardi, rector del colegio de Castro, se interesó por aprender sus lenguas y logró ir a misionar al lago Nahuelhuapi. Informado por los poyas, sabía que distintas **“naciones”** de indígenas se sucedían hasta el estrecho de Magallanes, así como había una ciudad de españoles perdidos.

Desde Nahuelhuapi se internó varias veces a las pampas patagónicas, hasta que fue muerto en algún punto indeterminado en el año 1673. Desde entonces, Chiloé vio al lago Nahuelhuapi como una puerta de entrada no solo al desconocido mundo de las pampas, sino también, a Chile, porque se tenía la esperanza que los caciques de allende los Andes permitieran el tránsito hacia al norte, aunque sea ocasional, para en algún punto cruzar hacia Chile. Los jesuitas y más tarde los franciscanos, mantuvieron vigente la ilusión del padre Mascardi.

El área de Nahuelhuapi fue, por tanto, un lugar informado por indígenas, penetrado para malocas, cabeza de puente de una misión, puerta para llegar a Chile, a indígenas aún sin contactar, y a la ciudad de los Césares, en un paisaje totalmente ajeno al hispano-criollo: las extensas pampas encendían la imaginación.

3. El mundo litoral que se sucede entre el canal de Chacao y el cabo de Hornos definió un modo de vida cazador y recolector marino -el canoero-, teniendo como principal protagonista a la marinera **dalca**, hecha de tablonos o de cortezas, herramienta vital de chonos, kaweskar, yaganes, y grupos o identidades que se han fusionado o extinguido. Dejando al primero -de norte a sur- de estos archipiélagos (el de Chiloé) por haber sido incorporado a la monarquía española, los demás, aquel frío mundo litoral -como fragmentado por un martillazo telúrico -escribió José Miguel Barros -, fue objeto de la proyección española. Esto lo anunció Walter Hanisch, cuando dedicó un libro a la provincia de Chiloé como capitana de rutas australes.

Cuando en las fuentes se habla de este territorio, se dice usualmente “infinitas islas camino al Estrecho”. Esta fría costa archipelágica no se ocupó, pero se tuvo presencia ocasional en ella de diferentes maneras en los

siglos XVII y XVIII, lo que dio como resultado una impronta chilota o hispano-veliche en ella **incluso antes** de la colonización de Aysén.

Las malocas a los chonos fueron la primera actividad practicada hacia la Patagonia Occidental Insular y se mantuvieron hasta mediados del siglo XVII. Estas acciones fueron fuente de méritos y de beneficio económico. Los contactos con los chonos y otros canoeros-entusiasmaban a los jesuitas, que vieron la posibilidad de conversión mediante **una misión** en las islas Guaitecas, y entusiasmaban también a las autoridades de Chiloé, que atendiendo a la información dada por los recién contactados, y utilizándolos de guías, prácticos y facilitadores, dispusieron expediciones marítimas por el litoral austral en búsqueda de la tierra en que estarían asentados o españoles náufragos o extranjeros ocultos, todas versiones de la ciudad de los Césares. Ambas actividades cubrieron el siglo XVII.

Paralelamente, las acciones y los planes de Holanda, Francia e Inglaterra por acceder al Mar del Sur, no hicieron que la metrópoli dispusiera la colonización del extremo de la tierra, a excepción del frustrado intento de las dos colonias de Sarmiento de Gamboa, en 1584. La actividad de defensa, en cambio, fue la vigilancia, es decir, órdenes dadas en varias ocasiones en los siglos XVII y XVIII desde España al gobernador de Chiloé para que éste despachara una embarcación que navegase hacia el estrecho de Magallanes. Era el contrabando lo que recelaba la administración española, y ataques puntuales a puertos, por lo que la defensa se activó en los puertos de Chile y sobre todo, del Perú, que era lo que en realidad se quería proteger.

En 1670 una expedición inglesa, al mando de John Narborough, había navegado por el estrecho de Magallanes, y llegado hasta Valdivia, sin atacarla. Se interpretó que el viaje era preparativo de otro posterior, que se

creía inminente. Cuatro años más tarde un indígena chono dijo saber de la existencia de dos colonias inglesas en dos puntos entre el golfo de Penas y el estrecho de Magallanes. Comunicado esto a las autoridades, provocó la reacción inmediata desde la capitanía general de Chile y el virreinato de Lima, que envió cada una, una expedición consecutivamente, salidas desde Chiloé, en 1675 y en 1676, y que no hallaron ni colonias ni nada. Desde entonces, habiéndose hecho una mejor imagen de aquellas costas, se tenía por improbable la instalación de colonias inglesas.

Paralelamente se conoció en la corte peninsular el viaje de Narborough y otra vez se envió a Chiloé a vigilar, esta vez, especialmente a una isla desconocida, pero que figuraba en un mapa inglés recientemente publicado, fruto de otra expedición inglesa, y que era la **isla Madre de Dios** (53° lat. Sur). Se buscó en ella la base inglesa, pero no existía. Por su parte, los jesuitas aprovecharon la coyuntura de atención de la corona hacia dicha isla y al estrecho de Magallanes para pedir más recursos y operarios con qué fundar allí una misión, lo que no fue autorizado.

Más adelante, el naufragio de la fragata inglesa *Wager* en 1741, ocurrido en el archipiélago de Guayaneco, parte de la poderosa escuadra al mando George Anson, que en el contexto de la guerra del Asiento pasó a atacar posesiones españolas en el Mar del Sur, **fue un catalizador** por abrir una nueva puerta al sur del golfo de Penas. Cuatro sobrevivientes ingleses lograron llegar a Chiloé un año más tarde, e informaron de lo que contenía el barco. El área del naufragio era un sector de encuentro de diferentes grupos canoeros, de distintas lenguas, y los jesuitas de Chiloé vieron en los “nuevos” hallados, posibles cristianos a quienes trasladar a Chiloé. El interés por hacerse de los 28 cañones de bronce y hierro que llevaba la *Wager*, y en general, del metal que contenía, dio origen a inmediatas expediciones de

autoridades, particulares y jesuitas. Para ello se ocupó la ruta indígena, que evitaba doblar el cabo de Tres Montes, accediendo al sur a través del istmo de Ofqui, desarmando las dalcas.

A nivel local, por tanto, la llegada a tierras de españoles de solo cuatro sobrevivientes ingleses famélicos, gracias a que un grupo de chonos accedió a llevarlos, dejó claro en Chiloé que nada podría ocurrir en “las infinitas islas camino al Estrecho” sin que ellos se enterasen.

Pero a nivel global fue diferente. En 1749, cuando se publicó el libro sobre el viaje de George Anson, se supo en España que otro barco de esa flota, aparte de la *Wager*, el *Anna*, había estado dos meses en una isla del archipiélago de los Chonos, y que Inglaterra planeaba volver a ella para tenerla como base de operaciones. Hubo inmediatas órdenes para fundar un fuerte en esa isla, lo que se hizo en 1750, llamado fuerte de San Fernando de Tenquehuén, y se activó la defensa, que era coordinada con el proyecto de ocupación de la isla Juan Fernández (concretado, pero arrasado por el maremoto de 1752). Aunque el fuerte se abandonó 18 meses más tarde, por ser solo un detalle en la inmensidad de aquellas costas, se siguió volviendo a la isla donde se construyó, llamada Tenquehuén, así como a la isla Madre de Dios, **cada vez** que desde Inglaterra llegaban a la corte española noticias de estarse preparando flotas para ir al Mar de Sur. Era el famoso “**papel**” que llegaba de Londres, que hacía decir a las autoridades peninsulares tener “**fundadas sospechas**” de haberse instalado Inglaterra en las “**inmediaciones del estrecho de Magallanes**”.

Historia cultural del territorio

La situación de las tierras australes americanas entre los siglos XVI y XVIII hace que, en estricto rigor, no se trate este de un tema de América colonial,

sino de territorios fuera del imperio español. Además, por no ocupados por España, estos territorios no produjeron fuentes, y tampoco las hay de procedencia indígena. El estudio, por tanto, es posible por la documentación escrita **sobre** aquellas regiones, la que es poca y está dispersa en distintos archivos, pero que permite reconstituir los hechos ocurridos.

Así, la frontera de arriba era un espacio intermedio entre Valdivia y Chiloé, y como era un territorio **por recuperar**, y hubo relaciones entre españoles y huilliches, lo llamo, como lo llamaron sus contemporáneos, una frontera. Pero, las “islas camino al Estrecho” y el área de Nahuelhuapi, son **países indígenas**, no fronteras. No fueron, por lo tanto, desfigurados por los españoles, sino que su proceso de transformación fue indirecto. Aun así, son forjados como tales por la mirada española sobre ellos.

De forma tardía en relación con el resto de las Indias, estas regiones fueron primero **prefiguradas** o imaginadas, y luego, progresivamente descubiertas o **transitadas**. Así como el proceso en que América fue “apareciendo” como la cuarta parte para Europa, estos territorios poco interesantes también tuvieron un proceso en que fueron transformándose de una **verdad** (lo que se sabe que existe) a una **realidad** (lo que realmente existe). Se trata de un tránsito de espacio vacío a espacio significado, del que también da cuenta la cartografía. El imaginario se vuelve **motor de las acciones** sobre el territorio, y así el territorio no hollado pasó a ser geografía imaginaria y después geografía empírica.

Las acciones españolas en ese espacio también son **formas de territorializar**. Los tránsitos o recorridos de las expediciones terrestres y marítimas, la explotación de naufragios, la instalación de un fuerte, de misiones, el interés en atraer o amistar a caciques a través de regalos y

gratificaciones, el **dar nombres a los lugares**, la progresiva presencia de aquel espacio en los derroteros y mapas, etc., **son actos** de apropiación del espacio. Las expediciones reactivas o vigilantes españolas, y las navegaciones holandesas, francesas e inglesas, con su respectiva cartografía producida, conectaron a los archipiélagos de Aysén y Magallanes con la Historia Moderna Europea.

Además, elementos materiales e inmateriales foráneos fueron acogidos incluso por grupos indígenas que aún no tenían contacto con los españoles o hispano-criollos, a través de otros que si lo tenían, alterando los europeos, sin quererlo expresamente, y desde lejos, las relaciones entre pueblos, transformando prácticas, jerarquías sociales, actividades económicas y la movilidad **en la profundidad** del extremo sur americano.

Las acciones o expediciones siempre fueron hechas **sobre la base del conocimiento indígena**. Hacia las tierras de la frontera de arriba se penetraba caminado sobre los acostados tepuales en medio de altos bosques, macheteando los quilantrales, navegando por los ríos cuando se podía, mientras que hacia Nahuelhuapi se partía de Calbuco para penetrar el seno de Reloncaví, y desde allí, enlazando ríos y lagos, llegar a destino. Eran rutas indígenas que, a diferencia de los modos españoles de transitar, consideraban los **cuerpos de agua como conectores** y no como rupturas. Para ello se adoptó y adaptó la **dalca**, que permitía su desarme y transporte por tierra, y se utilizaron de guías veliches, chonos y guiaguenes, además de remeros y mujeres chonas buzas. Antes que eso, incluso, los indígenas fueron **las llaves** para cada primer conocimiento de las tierras lejanas, la apertura de ese mundo, su prefiguración. Se valoró su saber y su práctica. Se trata, por tanto, también del estudio de un mundo indígena que va sacando provecho de su contacto con los españoles.

El público ya habrá notado el papel que jugaron los jesuitas, uniendo su interés por llegar a indígenas lejanos con el de la corona por proyectar su influencia a los lugares remotos a través de esa orden misionera. Habrá notado también el rol determinante de los indígenas como informantes de los territorios ignotos, y la importancia geopolítica que cobró la creencia en la ciudad de los Césares en estos países ultra-araucanos.

Por último, la consideración desde diferentes escalas permite **ver cómo estos territorios** tienen una relación directa con naciones navegantes europeas; cómo desde el margen (y no desde las capitales coloniales de Santiago o Lima) **se ve el todo**, es decir, desde el sur hacia al norte; y cómo las regiones se intentan interconectar entre sí, sin esperar a que desde el centro se gestione aquella promoción.

Les agradezco su atención y espero haber podido agradar a un público de historiadores y no historiadores.

Muchas gracias.